EL ARCO

Núm. 223 Cartagena 19 Enero 1917 Año V II

Periódico Católico de propaganda

CON CENSURA ECLESIASTICA

Cincuenta números UNA peseta | REDACCION Y ADMINISTRACION: P. TRES REYES, 2. | No se devuelven los originales

Leyenda del rey Midas

¿Te la cuento?... Si la conoces pasa por alto estos primeros renglones, y caso de que la ignores, curioso es saber que Midas, rey de Frigia, que debía haberse percatado de que con ese talismán que se llama oro se consigue todo o casi todo en este endiablado mundo, le pidió a Baco le concediese la facultad de que cuanto tocase en oro se tornase... Y Baco que debía ser un poquito más avispado que Midas, le otorgó al rey de Frigia lo que le pedía, y éste se encontró con la desagradable sorpresa de ver que hasta el pan se convertía en oro, y gracias a que Baco se apiadó de la simpleza de Midas, y ordenándole que se bañase en el Pactolo, perdió la facultad que tanto había apetecido, no se murió de hambre y pudo al fin saber qué bueno es el aurífero metal, pero que hay veces que vale más que él un buen pedazo de pan por negro que éste sea...

¡Pues sí que tiene ésto bastante que ver con la guerra!... Un poquito de paciencia...

España, un día, sintió hambre de oro, porque las amarillas monedas hacía años que no las veía más que en los escaparates de las casas de cambio... Llegó la guerra (¡ya salió aquello!), y España dijo: llegó la mía; y se dispuso a convertir en oro cuanto tocase... Los cañonazos habían descubierto la piedra filosofal. Si es cierto que en la Edad Media hubo alquimista que llenó una redoma de sangre humana, buscando con caballísticas fórmulas que en oro se convirtiese, en el siglo XX iba a realizarse tal milagro; la sangre vertida por millares de hombres en los campos de batalla, en oro se convertiría para otros, a costa también de privaciones y dolores humanos... España entera, que apeteció el aurífero metal, ha comenzado a sufrir ya hace tiempo (y en aumento van sus sufrimientos) la maléfica influencia del oro. Por acaparar monedas y monedas los navieros españoles, van camino de matar nuestras industrias o de inferirles grave daño.

«El Imparcial» tiró de la manta y bien clarito ha dicho sin ufemismos que «nuestras Compañías no tuvieron a bien transportar más que 33.140 de las 76.220 toneladas de carbón que fué preciso importar a España durante un mes. En cambio se dedicaron a llevar 94.896 toneladas de carbón a Francia e Italia porque podían sacar mayor provecho. Y hubo que fletar vapores extranjeros que transportasen a España 43 mil ochenta toneladas y evitasen la paralización de industrias. Y no se olvide que estos datos proceden de una in ormación enviada por nuestro Cónsul en Londres al ministerio de Estado... ¡Oh, la patria, la madre patria!... Muchos llevan ese nombre en la boca, pero pocos la sienten, y la guerra actual ha demostrado que tanto ella como las futuras serán guerras de pueblos contra pueblos, en que todos, absolutamente todos los individuos que los constituyen tienen que aportar su esfuerzo al fin común, y no se logrará tal milagro si en tiempo de paz no se disciplina la voluntad nacional... ¡Bah! ¡Nosotros, los meridionales, improvisamos todo en un periquete! ¡Cuando el caso llegue!... Más vale que en tanto que aprendemos a fundir nuestro individualismo disolvente el caso no aparezca.

Quedamos, pues, en que por el afán del lucro de unos cuantos, la inmensa mayoría de los españoles pasamos necesidades... ¿Pues qué, se me dirá, y la santa libertad del comercio?... Sigamos, sigamos. No importamos el carbón que necesitamos o lo importan caro barcos extranjeros; nuestro sudor en oro se tiene que convertir... A mirar voy el problema de la exportación. Los números son poco poéticos pero muy elocuentes. Atención:

Exportábamos antes de la guerra:

Pieles de becerro 912.000 pesetas.

Azúcar 10.000 ídem.

Arroz 45.000 id.

Cereales 7000 id.

Harina de trigo 748.000 id.

Pescados salados 8.595.000 id.

Aceite de oliva 30.200.000 id.

Exportamos ahora:

Pieles de becerro 24.854.000 pesetas.

Azúcar 7.880.000 id.

Arroz 7.709.000 id.

Cereales 5.604.000 id.

Harina de trigo 2.180.000 id.

Pescados salados 21.365.000 id.

Aceite de oliva 67.183.000 id.

Y para muestra bastan estos botones, que otros hay que prueban que en Francia, sobre todo, donde está paralizada la vida, vamos a verter nuestros productos, apoderándonos en cambio de las relucientes monedas guardadas por nuestros vecinos con tanto cuidado en sus calcetas... ¿Y dónde está el mal? ¡Si ya comenzamos a nadar en oro! ¡En el Banco hay más de mil millones! El lápiz de un caricaturista ha dibujado en un periódico a dos pobres comentando ese hecho y rascándose su miseria a pesar de tanta riqueza. Los hombres se van, buscando en los pueblos vecinos necesitados de brazos mayor recompensa a su trabajo; van en busca de oro; nuestros productos salvan las fronteras para tornarse en oro también; los navieros, por lograr acaparar las amarillas monedas, nos dejan sin carbón; el que puede dedicarse a una industria tal que con la guerra tenga relación, mata otra que sea menos productiva aunque más beneficiosa para su país... Todos buscan afanosos el oro... ¿Censurable? Desde el punto de vista individual, no, pero el caso es que si le preguntan a la inmensa mayoría de los españoles, responderán que los pedazos de pan en oro se están volviendo, y que si los que han logrado acaparar tan precioso talismán, con él hallarán el medio, sin necesidad de bañarse en el Pactolo, de comer, habrá muchas víctimas de la ambición de los demás, que tendrán que hacerse unas cuantas cruces en el estómago.

¿No tiene remedio el mal? ¡Pues no ha de tenerlo!... Los hombres de gobierno deben buscar el medio de armonizar el bien individual con el social. Yo me limito a señalar la llaga y a recordar con el proverbio español, que donde se saca y no se echa, el fin se le ve.

ARMANDO GUERRA.

Honor y deshonor

Ya sin desdoro cumplen su destino
el vil perjurio y la calumnia artera;
ya la traición, alzada la bandera,
se abre en el mundo espléndido camino.

Goza en paz de su triunfo el libertino
que ni candor ni ancianidad venera;
halla el ladrón halagos por doquiera;
ciñe laurel de gloria el asesino.

Si en otra edad, de la ignorancia esclava,
fué la deshonra susto del malvado,
ya este siglo rompió la odiosa trava.

Ya ni el más ruin ni bárbaro atentado
el honor de los hombres menoscaba;
ya sólo hay deshonor para el honrado.

TAMAYO Y BAUS.

Nos quedamos sin barcos

La marina mercante española como la de los demás países neutrales, va perdiendo, poco a poco muchos barcos.

¿A qué es debido?

Todos dirán a una voz: al torpedeamiento de los submarinos o a las minas colocadas por las naciones beligerantes.

Yo afirmo que únicamente debe atribuirse al egoísmo, a la avaricia de las compañías navieras, mejor dicho, al poco patriotismo de sus representantes.

Y no es lo peor que la flota española decaiga, que los accionistas al principio satisfechos por ver subir la cotización e [illegible] de sus títulos [illegible] van después desheredados [illegible] sus capitales, sino que el pueblo todo paga esta [illegible] conducta, encareciéndose todos los artículos que se transportan y careciendo de muchos necesarios, indispensables.